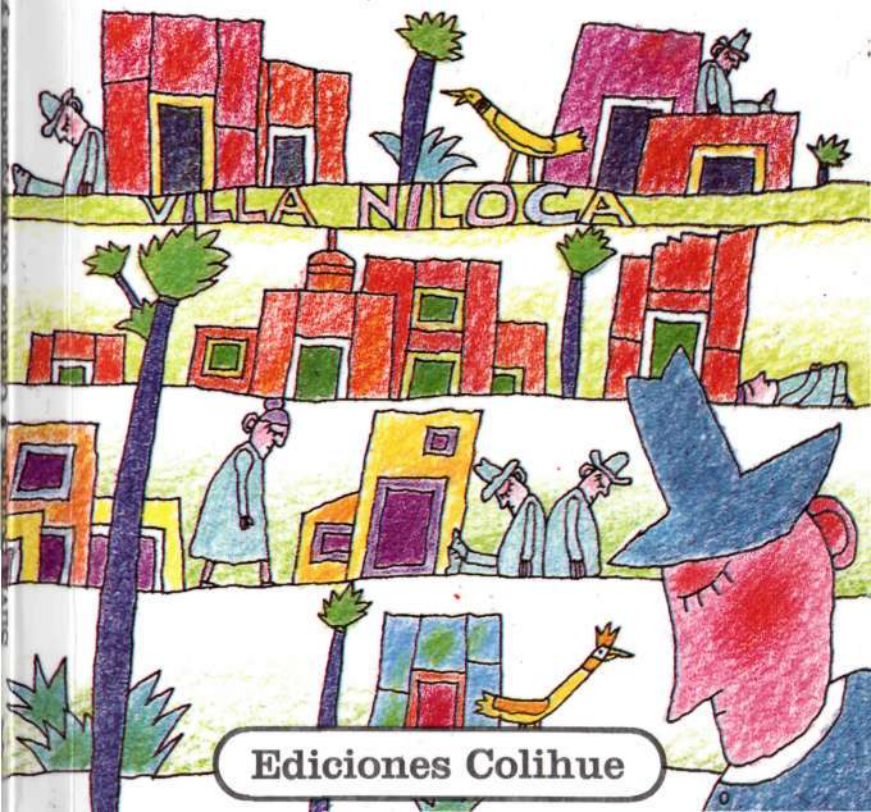




Libros
del malabarista

Silvia
Schujer

Cuentos cortos, medianos y flacos



Ediciones Colihue

Silvia Schujer

**Cuentos cortos,
medianos y flacos**



**Libros
del malabarista**

Ediciones Colihue

Schujer, Silvia

Cuentos cortos, medianos y flacos. - 1ª. ed. 9º reimp. -
Buenos Aires : Colihue, 2006.

80p. ; 17x12 cm.- (Libros del malabarista)

ISBN 950-581-554-9

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina I. Título
CDD A868

Tapa: Oscar Rojas

Viñeta: Víctor Viano

LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO
Y ES UN DELITO



1ª edición / 9ª reimpresión

I.S.B.N.-10: 950-581-554-9

I.S.B.N.-13: 978-950-581-554-8

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

ecolihue@colihue.com.ar

www.colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA



Carta a los chicos
(chinvento)



Me han dicho que un chinvento
no es un cuento ni un chimento.

Ni siquiera un gran invento.

¡Qué desencanto! Tampoco un
canto.

Y es que el chinvento que yo les
cuento cuando lo invento, no es
otra cosa que lo que siento.

Lola Mento



**De cómo sucumbió
Villa Niloca
(entre las garras del mal tiempo)**

Para los que nunca fueron de visita —cosa que dudo— les cuento que Villa Niloca es un pequeño poblado ubicado acá nomás.

En él, en el poblado digo, los habitantes tienen la propiedad de hacer lo necesario sin ganas. Y lo demás... no hacerlo.

¿Cómo les explico?

A ver: los nilocos saben de memoria que es imprescindible plantar árboles para que los pájaros puedan construir sus nidos. Entonces, sin ganas y protestando, los plantan. Ponen semillas en la

tierra y esperan a que los árboles crezcan. Ahora bien: si uno les dice que después de un tiempo hay que podar las ramas y regarlos, ellos contestan: “¡Ah no!” “¡Eso no!” “¡Ni locos!”. Y entonces las pobres plantas crecen tristes, sin fuerza y más de una vez se mueren secas con el primer otoño.

—Hay que talar este árbol seco— dice entonces una niloca.

—Yo, ni loco— le contesta su marido.

Todo es así en Villa Niloca. A la hora de cenar, para poner la mesa los miembros de la familia se pelean. Y, como por supuesto, viviendo en esa villa son todos “nilocos”, terminan apoyando la comida en cualquier parte y (aunque no lo crean) comiendo con las manos.

Dicen que dicen que este pueblo fue fundado hace mucho por don José de la Pereza quien durante largo tiempo gobernó Villa Niloca protegido por un valeroso ejército. Eso es lo que se dice por ahí. Y que el lema de estos conquistadores fue: “¿Para qué hacer las cosas bien si se pueden hacer más o menos?”

Los nilocos, como es natural, acostumbrados desde chiquitos (desde niloquitos) a la educación impartida por los hombres de don José de la Pereza, son, tal vez sin quererlo, perezosos de ley.

Hace pocos días, sin embargo, algo sucedió que según parece, cambió los ánimos de los villanilocos y los hizo pensar.

Fue el “bombardeo celeste a la hora de la siesta”. En realidad,

sólo una fuerte tormenta de granizo que causó verdaderos estragos en el pueblo niloco. Sobre todo porque, imprevistamente, les interrumpió la sagrada siesta.

No sé si les dije que en las casas de Villa Niloca no existen los techos. No. No existen. Porque cuando alguien sugirió una vez que los techos eran importantes para protegerse de los malos tiempos, los nilocos respondieron a coro: "¡Ah no!" "¡Ni locos vamos a construir techos!" "Bastante trabajo nos costó hacer las paredes..."

Y como Villa Niloca tiene un clima bueno y la gente se defiende de la lluvia tapándose con enormes bolsas de plástico, nunca se preocuparon por los techos.

Hasta hace pocos días. Porque por primera vez cayó una tormen-

ta de granizo y las bolsas de plástico no sirvieron ni para ponerse a salvo de los truenos.

¡Pláfate! ¡Ploff! Los pedacitos de hielo cayeron sobre los nilocos dejando, en algunos casos, heridos de cierta importancia. Y esto no fue todo.

—¡Vamos al hospital!—dijo una niloquita a su abuela cuando la vio lastimada.

—¡Ni loca! —le respondió su abuela.

—¿Cómo ni loca?

Y cuando a la fuerza logró arrastrarla, el médico de guardia las miró con mala cara y balbuceó:

—Ni loco voy a atenderlas a la hora de la siesta.

—¿Cómo ni loco?

Uno encadenado al otro, los sucesos provocaron un verdade-

ro desastre en Villa Niloca. Heridos, peleas, gritos. Casi la destrucción.

Hasta que un joven niloco propuso calma. Y sin que nadie dijera “ni locos vamos a calmarnos”, toda la población se fue tranquilizando y se dispuso a meditar.

— Pensemos— se decían unos a otros los nilocos—. Pensemos.

Y desde entonces es eso lo que están haciendo: pensando.

Tal vez pase mucho tiempo hasta que en Villa Niloca los habitantes comprendan por qué son como son y de qué manera podrían cambiar.

Lo importante es que, tanto en esa villa como en cualquier otra parecida, la gente se preocupe por vivir mejor. Aunque para eso haya que trabajar mucho. Aun-

que, al fin de cuentas, haya que enfrentar si es necesario, a don José de la Pereza cuyas ideas sobreviven entre sus fieles sucesores.

El pajarolero (chinvento)

*Un pajarolero cayó en la verédaga
de la vecínula de mi abueláraga.
Qué desparrámugo plumerilero
dejó en la cállega el pajarolero.*

¡Socorro!

*El zorro al que yo corro y que se
saca el gorro, no es un zorro ni un
socorro. ¡En verdad es un engorro!*



Preciosaurio

“Gracias por cuidarlo”, decía la carta colgada de la canasta. Porque lo que dejaron en la puerta de mi casa—alguien que quizás tocó el timbre y salió corriendo— fue una canasta con un huevo rojo del tamaño de una sandía.

Creí que era una broma. Pero al escuchar que el cascarón empezaba a quebrarse como cuando va a nacer un pollito, cargué el bulto hasta mi pieza.

Y bien. “Gracias por cuidarlo”, decía la nota.

De nada, pensé.

Pero... ¿Cuidar qué?

De pronto, entre craques y cracs por todos los costados, el huevo se abrió. Sin darme tiempo a respirar. O pestañear, o toser, o salir corriendo.

Asomó una cabeza verde con nariz de chanchito y me miró. Sus ojos brillaban como dos estrellas transparentes.

—Soy Silvia— me presenté, con la voz entrecortada.

Y el ser asomado del huevo, abriendo la bocota grande como todo el ancho de su cara, me sonrió.

Cuando vi que hacía fuerza para salir, me acerqué y lo ayudé a romper el cascarón.

Su cuerpo era verde. Ni claro ni oscuro. Y tenía escamas del mismo color.

El cuello, largo como la cola, lucía un collar de pelusa amarilla.

Y aunque no me animaba a tocarlo, debo confesar que me resultó simpático desde el principio.

Era una mezcla de dinosaurio, perro salchicha y elefante. Cosa extraña, era precioso.

Lo miré un rato y fui a consultar la enciclopedia: no era un hipopótamo ni un lagarto. No era un elefante marino, ni un yacaré, ni un dragón. No encontré su nombre por ninguna parte.

Así es que como era precioso y se parecía un poco a los animales prehistóricos, lo llamé **Preciosaurio**.

Claro que haberle puesto nombre no alcanzaba para conocer sus costumbres.

Entonces le ofrecí un poco de leche. Puse un litro en un plato. Se lo tragó de un solo sorbo y como no se movía le agregué otro tanto.

Recién después de gastar más de la mitad de mis ahorros comprando leche y, con el plato cambiado por un balde, el cachorrito se dio por satisfecho y se me tiró en los brazos. Fue la primera vez que un recién nacido me sentó de cola para hacerme mimos.

Sí. Sólo cuando lo tuve entre mis brazos se me ocurrió preguntarme qué haría con él.

En eso pensaba cuando el preciosaurio se quedó dormido.

Lo tapé con mi frazada y entonces supe que ya no podría dejarlo. Mis amigos me ayudaron mucho, sobre todo cuando empezaron los problemas.

A mi preciosaurio había que alimentarlo. Y eso no era nada fácil. A las palanganas de leche hubo que agregar pan duro y después frutas y verduras. Y, al fin, todos los restos de comida del vecindario.

Crecía sin parar.

Le armamos una cama, pero la cabeza no tardó en salirse por todos los costados.

Era enorme. Al moverse chocaba contra las paredes. Y cuando quería levantar lo que a su paso caía, volvía a tirar otra cosa.

A veces se convertía en montaña para que nosotros lo escaláramos. Nos dejaba trepar por su lomo y construir aventuras con su sola presencia.

Recién cuando su cabeza pegó contra el techo me di cuenta de

que ya no le alcanzaba el espacio de mi habitación.

El pobre se quedaba quietito y agachado para no traer problemas. Pero cuando hubo que poner mi cama sobre su lomo verde, mis padres me dieron una semana para que me deshiciera de él.

Le pregunté al preciosaurio si pensaba crecer mucho más. Por sus antepasados, me juró que no.

Volví a hablar con mis padres. La respuesta entonces fue terminante: o sacaba el "monstruo" de la casa o...

Junté un poco de mi ropa. Rodeé el cuello de mi preciosaurio con una soga a modo de correa y, por primera vez, salimos juntos a la calle.

La calle lo impresionó hasta la locura. De tan contento pegó unos

saltos que hundieron parte del asfalto.

Era inmenso. Mi cabeza llegaba hasta la mitad de sus patas.

La primera reacción de los vecinos al vernos partir, fue encerrarse en sus casas. Y después, desatar el bombardeo: naranjazos, tomatazos, zapatazos. Nos pegaron sin compasión.

Y cuando él vio que me habían lastimado, me cargó sobre su lomo.

En pocos minutos se empezaron a escuchar helicópteros y aviones sobrevolando el barrio. Las veredas se llenaron de curiosos.

—¡Fuera monstruo! —gritaban al preciosaurio.

Fotógrafos de todo el mundo encandilaban sus ojos transparentes con flashes.

Altoparlantes, gritos y bocinas

amenazaban nuestra vida.

Pude ver cuando su nariz de chanchito se cubría de lagrimones y chorros de llanto bajaban como una catarata hasta su boca.

Lo que nunca imaginé es lo que después sucedería.

Rápido, como el más veloz de los caballos, mi preciosa urio empezó a galopar sin rumbo.

Bien lejos del peligro, me hizo bajar de su lomo y, cansado, muy cansado se echó sobre el pasto a dormir.

Habría pasado una hora cuando intenté despertarlo y ya no pude. Su cuerpo empezó a cambiar de colores hasta volverse transparente.

Y derritiéndose de a poco, se transformó en una laguna que todavía existe.

Fue a orillas de esas aguas que apareció un huevo rojo del tamaño de una sandía.

Lo agarré con cuidado. Caminé y caminé con él hasta conseguir una canasta.

Metí en ella el huevo rojo y con un cartelito que decía: "Gracias por cuidarlo", lo dejé en la puerta de la primer casa que encontré.

Estaba triste y cansada. Así que toqué el timbre y salí corriendo.

Reflexión espacial

Si el astro que más come es un cometa...¿Tendrá en vez de una panza una panceta?

Membrillo **(Chinvento)**

*Membrillo es el nombrecillo
de un hombrecillo de mimbre.
Quiere tocar en la orquesta
aunque sea un día de fiesta.
Mas en la orquesta
ni aún de fiesta
nombran un miembro de mimbre.
A menos que sepa
tocar el timbre.*

1



La verdadera historia del ajedrez de mi abuelo

A simple vista no era otra cosa que un partido de ajedrez. Pero no. No había jugadores.

Por eso me acerqué para ver lo que pasaba en el tablero: un caballo negro frente a un alfil blanco. Una torre blanca frente a un negro rey. Peones y peonas. Y la reina de gran conversación.

—Linda fiesta —oí comentar al caballo negro del castillo negro. Y al rey blanco contestando un “claro” blanco.

De pronto se hizo un silencio y...

“Año tras año nos vienen enfrentando”, empezó el discurso de un alfil. “Partidas en donde siempre nos hemos mezclado tan sólo para enfrentarnos”, siguió el discurso del alfil. “Unos contra otros: blancas contra negras”. “Que este día nos mantenga felices y en paz para siempre”, terminó el discurso del alfil.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dijeron entonces los habitantes del castillo negro.

—¡Viva! ¡Viva! —gritaron los del castillo blanco.

Y al son del primer compás (con la orquesta de damas invitadas) el baile dio comienzo a todo ritmo. ¡Las parejas que se armaron!

Cada negro con un blanco. La reina con un peón, la torre con un caballo.

Me quise acercar para ver un poco mejor aquella fiesta, pero al escucharse mis pasos...

—¡Viene el dueño! —gritaron equivocados los alfiles.

—¡A sus puestos! —agregaron los peones.

Y, tanto negras como blancas, cada ficha regresó hasta su castillo en el tablero de ajedrez.

El dueño era mi abuelo. Un viejo ajedrecista que aquella noche, después de mucho tiempo, había salido a pasear.

—Ni un día nos da de descanso el viejo —murmuró la reina blanca.

Y las torres negras asustadas la hicieron callar.

—Las torres negras son unas cobardes —dijeron los alfiles blancos. Y como era de esperar, las

voces empezaron a subir de tono: de despacito a normal y de fuerte a griterío.

En medio del desorden, los negros peones avanzaron contra los blancos. Los blancos respondieron al ataque.

Los alfiles se subieron a las torres para impresionar. Y los caballos de ambos bandos cargaron a sus reyes hacia afuera del tablero para ponerlos a salvo de la contienda.

Entonces sí. La mesa de juego se convirtió en un verdadero campo de batalla. Y la orquesta de damas invitadas empezó a tocar marchas de guerra.

Los peones cayeron al suelo. Rodando en combate sin tregua pegaron contra una lámpara de pie que al tambalearse chocó con-

tra un cuadro que al balancearse corrió la perilla de la luz que al encenderse llamó la atención de los vecinos que creyeron que había ladrones en la casa y llamaron a la policía.

Siete patrulleros con siete hombres cada uno, rodearon la manzana.

—¡No abran fuego! —gritó el principal.

Pero según parece, al cercano cuartel de bomberos tan sólo llegó “fuego” y en menos de un minuto lanzaron cuatro carros colorados que a toda sirena se desplazaron por las calles hasta el lugar de los hechos.

Tanta sirena, como es natural, llamó la atención al dueño de una ambulancia, quien al ver los cuatro carros de bomberos, decidió

ponerse en marcha para ayudar a los heridos del incendio.

La cuadra entera quedó cubierta por una alfombra de curiosos acomodados alrededor del cerco tendido por la policía en torno de la casa de mi abuelo.

—¡Arriba las manos! —gritó de pronto un agente mofletudo pateando la puerta.

Y ofuscado por el alboroto que no cesaba a pesar de sus órdenes, caminó con paso firme y pesado hacia el interior.

—¡Arriba las manos! —volvió a decir con fuerza. Y sin darse cuenta pisó unos peones que lo hicieron resbalar. Cayó de cola sobre la mesa en la que sólo quedaba el tablero que se rompió en dos partes.

—Con que una ficha de ajedrez se atreve a burlar a un policía ¿eh? —dijo el agente. Y empezó a perseguir a los peones negros y blancos. Por todo el salón, tratando de pegarles con una cachiporrera.

Y sin hacerse esperar, los reyes blancos y negros montados en sus caballos declararon formalmente la guerra al policía, el que después de una hora de pegar cachiporrazos al aire, huyó vencido por la misma puerta por la que había entrado.

En ese mismo momento salí de mi escondite.

Sin pensarlo dos veces, cargué las fichas de ajedrez en mi bolsillo.

Estaban exhaustas.

Las puse a salvo de otro comba-

te al que ya no hubieran podido responder.

Me fui entonces a la cama y no supe más nada hasta la mañana siguiente.

—Anoche entraron ladrones —
contó mi abuelo al despertarme.

—Se robaron mi ajedrez —agregó un poco triste.

Y por no explicarle esta historia que les acabo de contar —y que jamás me hubiera creído—, lo abracé fuerte y le dije:

—No importa, abuelito. Yo te regalo otro.

El que ve la ve

*¿Ves a la ve?
Es una vela al revés.
La ve ve la vela
y la vela la ve.
La ve se desvela
y la vela... también.*

Puro puré (Chinvento)

Me han dado de comer puro puré. Pero puro puré no comeré. Porque puro puré es puré de apuro. Y apurado no se puede comer.



De los cuentos descontados con personajes prestados

Dos amigas famosas

¿Que si habían sido amigas antes? Para nada. No se podían ni ver. Se la pasaban peleando de un cuento al otro como perro y gato. Como perro y gato que se pelean, claro.

Desde que las habían puesto en el mismo libro —aunque en distintas historias— Caperucita y Cenicienta no hacían más que insultarse, sacarse la lengua o espiarse con maldad.

—¡Sos una tonta! —solía decir-

le la Cenicienta. Y repetía que sólo a una tonta se la comen los lobos.

—¡Y vos una fregona! —le contestaba Caperucita enojadísima.

Y como en estos casos, en los demás tampoco perdían oportunidad de hacerse rabiar hasta las lágrimas.

Cada vez que Caperucita Roja llegaba a la parte del cuento en que debía juntar flores del bosque para su abuelita, Cenicienta le pateaba la canasta y salía corriendo.

Y, cada vez que podía, Caperucita ensuciaba las páginas del cuento de Cenicienta para que su horrible madrastra la hiciera limpiar más y más.

Todo ¿por qué? Quién sabe... Nadie en aquel libro lo entendía.

Y no sólo eso, sino que además, estaban hartos de soportarlas. A

ellas y los desastres que eran capaces de provocar cuando se peleaban.

Una vez, tirándose de los pelos, rodaron hasta el prólogo y de la fuerza con que cayeron, arrancaron las tres primeras páginas.

Tal fue el bochinche que, entre dimes y diretes, flautas y pitos, por fin se decidió echarlas.

—¡Fueraa! —gritaron a coro los siete enanos de Blancanieves.

Y como Cenicienta y Caperucita no se movieron, fue el propio Gato con Botas quien las puso de patitas en la calle.

De patitas en los estantes, para ser más exactos. Porque el libro del que las habían echado, estaba en el estante de una librería.

Cada una por su lado, pero las dos al mismo tiempo, se aferra-

ron a un tablón como pudieron. Y empezaron a bajar con rumbo al piso.

—¡Mamita querida! —susurró una de ellas.

No conocían la vida fuera del libro, así que, en realidad, estaban más asustadas que cocodrilo en el dentista.

Por otra parte, recién cuando tocaron el suelo, se dieron cuenta de lo chiquitas que eran en relación a las personas y...

Apenas si llegaban al tobillo de los chicos. Y esto, que al principio pareció maravilloso para que no las descubrieran, no tardó en convertirse en un flor de problema. Eran tan, pero tan chiquitas que la gente al caminar estaba siempre a punto de pisarlas sin querer.

Caperucita y Cenicienta, enton-

ces, tuvieron que emprender la marcha esquivando por aquí y por allá, los acechantes zapatos que, ante el menor descuido, podrían aplastarlas.

Habrà sido del susto, sí, del susto, que sin darse cuenta (o sin pensarlo demasiado) se fueron acercando una a la otra, cada vez más hasta darse la mano.

Habrà sido del susto, sí, del susto.

Un poco más seguras entonces frente al peligro, salieron a la calle y lograron por fin dar un paseo. Entre zapato y zapatilla disfrutaron de la tarde como nunca. Como amigas, mejor dicho.

Hasta que una hormiga distraída que pasaba las confundió con otras hormigas y se acercó para hablarles.

Al ver ese enorme bicho negro fue tal el horror de Caperucita y Cenicienta que huyeron despavoridas.

Corrieron y corrieron desesperadas. Entre saltos y caídas, piernas y zapatos llegaron a la librería y, sin saber en cuál, se metieron en el primer libro que encontraron.

Era uno para grandes. De esos que están llenos de letras y no tienen un dibujo ni por casualidad.

Se escondieron detrás de unas palabras y allí se quedaron arrinconadas quién sabe cuánto tiempo.

Es ahí donde yo las descubrí una tarde mientras leía un libro recién comprado.

Estaban juntas, apretaditas entre dos palabras difícilísimas.

—¿Qué hacen en esta novela?
—les pregunté.

Y entonces ellas me lo contaron todo. Con lujo de detalles. Y que se habían hecho tan amigas en esos días que no querían volver más hasta sus cuentos.

—¡Ajáa! —pensé.

—¡Ajá! —volví a pensar.

Y ahí no más decidí escribir esta historia. Papel y lapicera en mano, un cuento nuevo donde Caperucita y Cenicienta no se tendrán ya que separar.

Consejo para un conejo (Chinventeje)

*Frente al espejo
el conejo Alejo
se vio muy viejo.
¡Flor de complejo
se agarró el viejo
conejo Alejo!*

*Aquí va el consejo:
Para conejos
que en los espejos
se vean viejos
lo que aconseja
la moraleja
son menos quejas
(y una coneja).*



¡Shhh! Secreto de espejo
Fábula

Julia era risueña de alma.

Amaba reírse.

Si uno le preguntaba qué quería ser de grande, ella respondía: “feliz para siempre”. Y se reía.

Por supuesto que:

1) tenía cosquillas por todo el cuerpo

2) la boca gigantesca

3) la lengua chistosa y

4) una fábrica de carcajadas en la panza.

Era tan simpática que sonreía hasta cuando se lavaba las manos.

El espejo del baño, por costumbre, apenas la escuchaba llegar, empezaba a reírse por anticipado. Es decir, antes de que ella tuviera tiempo de mirarse.

Resulta que un día, a Julia se le cayó un diente. Era el primer diente de leche que se le caía. Mordió una milanesa y ¡zap! el cuadradito blanco fue a parar al plato.

Primero se disgustó y nada más: a nadie le gusta que le digan "vieja sin dientes". Pero después... se indignó hasta las lágrimas.

Será que para una nena que siempre se ríe, perder un diente es como para un elefante tener un nudo en la trompa, o para un huevo frito no tener yema o...

Llorando como casi nunca lo hacía, Julia fue corriendo al baño para mirarse la boca y el espejo,

por costumbre, apenas la escuchó entrar, empezó a reír y reír.

Pero esta vez Julia lloraba, así es que cuando se miró sintió que algo raro estaba pasando. Y no muy lejos de allí.

Se limpió un poco los ojos por las dudas y volvió a mirarse sorprendida: su cara en el espejo no hacía más que reír.

Sacó la lengua. Se estiró los cachetes. Hizo pito catalán.

Y bueno, su cara, la del espejo, no hacía más que reír.

—¡Este espejo se burla de mí! — empezó a gritar por toda la casa.

Los parientes y vecinos que la escucharon, creyeron que la pobre se había vuelto un poco loca. O que deliraba de fiebre.

Sin pedirle explicaciones, la

acostaron. Le pusieron dos termómetros y llamaron a un médico famoso.

Julia aseguraba una y otra vez que se sentía bien. Que era el espejo el que se reía mientras que ella lloraba.

Sin embargo el doctor, frunció las cejas como preocupado, y en pocos minutos convenció a toda la familia de que Julia estaba enferma.

II

Esa misma noche, cuando las voces de la casa se apagaron, con mucho cuidado y en puntas de pie, Julia se encaminó derecho al baño.

No bien prendió la luz, el espe-

jo, por costumbre, empezó a reír y reír: ji ji ji. Ju ja ja.

—¡Con que yo estoy loca! ¿no? —dijo Julia enojada. Y su cara reflejada en el espejo —con un diente de menos— se rió y se rió sin parar un solo segundo. Pero con una risa tan contagiosa que Julia no pudo resistir la tentación.

Su dentadura con agujerito le resultó tan graciosa que se rió dieciséis minutos seguidos.

—¡Qué, plato! —murmuró. Y cansada, apoyó una mano contra el espejo mientras del otro lado, una mano se apoyaba contra la suya. Igual de suave y del mismo tamaño.

Guiñó un ojo y su cara, desde el espejo, le siguió sus movimientos. Era divertido.

Así jugó un rato largo hasta que le vino sueño.

En puntas de pie, Julia volvió a su cama.

Contenta y mucho más tranquila.

—No hay de qué preocuparse —pensó. Y que mejor no contar a nadie el secreto, porque no cualquiera entiende que es posible tener un amigo adentro del espejo.



Juanita del montón

Así la llamaban en el barrio: “Juanita del montón”. No porque hubiera un montón de Juanitas, sino por su colección de montones.

Ninguna cosa le gustaba de a una. Ni de a dos ni de a tres. De “a muchas” para arriba. Por lo menos, de “a montón”.

Ya de chica, a los siete años, se enfurecía porque eran sólo siete y quería tener más.

Entonces sumaba los años de todos sus amigos (los cinco de Manuela más los siete de Ramón,

más los ocho de Susana más los cuatro de Javier). Y los convertía en un montón.

Y como para juntar un montón de años precisaba un montón de amigos, Juanita era la chica más amigable del barrio.

Ni ella misma sabía cuántos eran. Pero estaba segura de que al menos —los amigos— eran un montón.

Tal vez por eso guardaba con tanto celo un montón de ganas de jugar.

—Porque—decía Juanita—sólo teniendo un montón de ganas de jugar es que puedo encontrar un montón de amigos.

Y, bien, si para sumar aquel montón de años, necesitaba un montón de amigos, y para tener un montón de amigos juntaba un

montón de juguetes, lo que a Juanita le hacía falta entonces, era un montón de espacio donde guardarlos.

Convenció a su mamá y a su papá de que fueran a vivir a una casa con un montón de habitaciones. Y cada habitación, con un montón de metros de largo y un montón de metros de ancho.

El problema era que para limpiar un montón de espacio, se necesitaban un montón de escobas, un montón de trapos y un montón de jabón.

Como se imaginarán, para comprar semejante montón, hace falta un montón de dinero.

Bien sabía Juanita que juntar tanto dinero le llevaría un montón de tiempo. Así es que guardó una a una las hojitas de un mon-

tón de almanaques. Día a día hasta que los días se volvieron un montón. De tiempo, claro.

Y casi sin darse cuenta, cumplió los dieciséis.

Hizo entonces una fiesta de cumpleaños en la que recibió un montón de regalos. Había preparado un montón de diversiones para que se divirtieran un montón de personas.

Allí descubrió a Joaquín entre el montón de invitados.

Y le pareció más lindo, más bueno y más divertido que el montón.

Bailó con él toda la tarde. Hasta que la fiesta se acabó.

Al día siguiente, y para no perder su costumbre de amontonar, Juanita fue a buscar muchos Joaquines para tenerlos en montón.

Dio un montón de pasos, atravesando montones de calles durante un montón de horas y todo fue inútil.

No pudo encontrar uno solo que fuera como el Joaquín de su fiesta.

Sintió un montón de tristeza. Y, derramando un montón de lágrimas, descubrió que tenía un montón de amor adentro de un solo corazón.

Y fue al médico para que le diera algunos corazones más.

—Esto es imposible —dijo el doctor—. Para cada persona existe un solo corazón.

—¿Qué voy a hacer? —se dijo Juanita. Y juntando el montón de palabras que conocía, trató de armar un montón de pensamientos que la ayudaran a encontrar

un montón de soluciones para su problema.

Pero fue una sola idea la que se le ocurrió: ir a buscar a Joaquín.

El único Joaquín que conoció.

Lo buscó y lo buscó durante largas noches. Hasta el día en que volvieron a encontrarse. Fue en el medio de un montón de alegría donde Juanita y Joaquín se enamoraron. Y, aunque parezca mentira, entregándose un montón de amor, fueron felices un montón de tiempo.

*Colorín y colorado
aquí acaba un chinvento
que jamás habrá empezado.*



Felipe

Cuando Felipe se iba a dormir, le pedía a su papá que le contara un cuento. El papá le contaba el cuento de que, cuando Felipe se iba a dormir, le pedía a su papá que le contara un cuento, el papá se lo contaba y entonces Felipe se dormía. Y entonces, Felipe se dormía.



Índice

Carta a los chicos (<i>chinvento</i>)	5
De cómo sucumbió Villa Niloca (entre las garras del mal tiempo)	9
El pajarolero (<i>chinvento</i>)	18
¡Socorro!	19
Preciosaurio	21
Reflexión espacial	32
Membrillo (<i>chinvento</i>)	33
La verdadera historia del ajedrez de mi abuelo	35
El que ve la ve	45
Puro puré (<i>chinvento</i>)	46
De los cuentos descontados con personajes prestados	47

Dos amigas famosas	49
Consejo para un conejo	
(<i>chinventejo</i>)	56
¡Shhh! Secreto de espejo.	
(<i>fábula</i>)	57
Juanita del montón	65
Felipe	74

Esta edición
de 3000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A.B.R.N. Producciones Gráficas S.R.L.,
Wenceslao Villafañe 468,
Buenos Aires, Argentina,
en abril de 2006.

Estos libros son para:

- Los valientes que leen solos.
- Para los curiosos que recién empiezan, pero saben pedir ayuda.
- Para los pininos que no distinguen la O de un huevito, pero pueden pedir que se los cuenten.
- Para los chicos que quieren libros "todos llenos de letras", como los de los grandes.

